

Hubo tambores esa noche, ¿o quizás fueron truenos? A la distancia no pudo notar la diferencia. Apenas pudo oírlos. No solo estaban demasiado lejos, sino repentinamente ahogados por algo más cercano, algo ciertamente menos siniestro, pero con una irritación más cruda: los ladridos de los perros.

Comenzó, documentado en su reloj de noche, exactamente a las 3:15 de la mañana, poniendo fin a cualquier esperanza de sueño. Un perro ladraba en algún lugar de la zona de Puerto Príncipe en la que había alquilado una habitación en la Pensión Etoile. Le seguirían media docena más, esparcidos por la ciudad, al principio con una nota casi tentativa, como si una gran orquesta canina estuviera afinando para un concierto. Pero cuando empezaron en serio, fue más como una pelea de gritos, cada ladrido respondía con réplicas desafiantes hasta que toda la ciudad se puso a aullar.

Descartando el impulso momentáneo de agregar su propio ladrido: ¡Silencio!, un cansado Peter Macklin se rindió, disgustado, y se levantó de la cama. Encogiéndose de hombros para ponerse la ropa, abrió la puerta de la veranda para dejar entrar la brisa. Era julio, y Haití, esta tierra caribeña de vudú y pobreza, estaba tan salvajemente caluroso como su gente era amable en su rendición tácita.

Había esperado que hiciera calor en julio, por supuesto. Como estudiante de posgrado en antropología, ese fascinante estudio de los orígenes velados del hombre, el desarrollo en apuros y las culturas caleidoscópicas, había visitado Haití dos veces antes para escribir sobre el vudú y sus creyentes. A estas alturas ya podía hablar suficiente francés para mantener conversaciones con la élite del país, así como suficiente criollo como para comunicarse con las masas. Y había tenido muchas ocasiones en su trabajo para hacer ambas cosas. Sus estudios habían evidenciado suficiente promesa temprana como para merecer un modesto estipendio de viaje incluido como parte de su beca, pero estaba casi agotado, y comparativamente tenía poco que mostrar.

Después de todo, el vodun, o vudú, había atraído durante mucho tiempo a investigadores, tanto serios como sensacionalistas, debido a su exotismo inherente, y sus asesores académicos le advirtieron que debía ahondar en un pozo seco. Empezaba a temer que hubieran tenido razón. ¿Qué más había que decir al respecto?

Sus estudios estaban basados poco más que en una corazonada, un rumor que había escuchado en el Pequeño Haití de Miami mientras visitaba a sus padres en Florida. También había oído hablar una vez de algo similar, en susurros, entre las comunidades rasta de Jamaica. El rumor involucraba a algunos de los magos, o chamanes, como los

antropólogos se cuidaban de llamarlos hoy en día, bocors y houngangs, pertenecientes a un culto secreto cuyos miembros estaban en contacto con deidades desconocidas, dioses terribles por lo que se podría llamar, capaces de hacer cosas terribles. Las infames leyendas de los zombis se remontan a esas personas.

Existieron como forajidos religiosos al margen de la sociedad y la teología vodun, operando como asesinos a sueldo que afirmaban tener medios mágicos para hacer trabajos sucios. Pero hasta ahora nadie había oído que se unieran en una sociedad religiosa propia. ¿Era algo nuevo? ¿O quizás algo muy, muy antiguo, que recién ahora se está dando a conocer por primera vez? En cualquier caso, había una nueva arruga, un nuevo aspecto del asunto. Y su investigación adquirió una relevancia completamente nueva. Aquí estaba su oportunidad, no solo de evitar volver a un campo agotado, sino incluso de ganar una reputación precoz entre sus pares mediante un descubrimiento importante, si es que podía transformarlo en algo más que un rumor. Tendría que hacer entrevistas, observar y, antes de eso, entablar algún contacto personal real.

Y aquí estaba de suerte, porque resultó que el hermano de un joven haitiano en Florida, que hacía trabajos ocasionales para la familia de Peter, afirmó estar asociado con este misterioso culto, y Peter estaba esperando la llegada de este hombre, un tal Metellus Dalby, que le traería noticias de la última reunión del grupo. No tuvo que esperar mucho. Casi parecía como si los ladridos de los perros insomnes hubieran sido proféticos, un oráculo arrancado por alguna influencia sobrenatural en sus agudos sentidos ajenos a los humanos. Al cabo de quince minutos, alguien llamó a la destartada puerta de su habitación.

Dejando la pequeña galería donde había ido a tomar un poco de aire, solo para encontrar más del sofocante calor de la ciudad abarrotada, Peter avanzó la corta distancia hasta la puerta y la abrió. El hombre frente a él era un haitiano, alto, delgado y muy negro.

—¿Ya has vuelto? —preguntó Peter, sorprendido, en criollo. Sonó casi como una reprimenda.

—Con buenas noticias, m'sieu —asintiendo enérgicamente, Metellus Dalby pasó junto a él y entró en la habitación, luego se dio la vuelta para mirarlo—. Habrá una gran reunión del culto esta misma noche. ¡Debes acompañarme!

La brillante luna gibosa iluminó la escena de dos hombres, uno blanco y otro negro, mirándose el uno al otro. Entonces el haitiano volvió a hablar, más despacio.

—Pero hay algo que debemos hacer primero, mon ami.

De un bolsillo de sus pantalones anchos sacó una botella de medio litro de un líquido

oscuro. Peter asintió.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—Aplicaré la primera capa ahora, otra alrededor del mediodía y una tercera antes de comenzar el viaje —su sonrisa se amplió hasta convertirse en una luna creciente—. Te verás como uno de los míos cuando termine, te lo prometo. Y aunque te pique un poco, no te molestará.

—¿Qué hay de mi nariz afilada, mis labios delgados? —por primera vez, Peter vio esos rasgos como marcas de origen extraterrestre.

—Los haitianos vienen de todas las formas, amigo. Algunas de nuestras damas en las carrozas de Mardi Gras podrían ganar premios en cualquier parte del mundo. Las has visto.

La Pensión Etoile estaba en el Campo de Marte y, al ser parte de la ruta del Mardi Gras, Peter miró involuntariamente por la ventana, como si esperara a medias ver las bandas de música y las carrozas llamativas. Su compañero volvió a sonreír, mostrando sus dientes blancos.

—Puede que te queme un poco este tinte vegetal —advirtió Metellus—. Pero no mucho. Pronto volverás a estar cómodo, te lo prometo.

Peter se preguntó qué tipo de diligencias habían hecho que Metellus estuviera tan familiarizado con el material y su uso. Al igual que la CIA, los antropólogos a veces tenían que tratar con personas que podían hacer las cosas cuando solo había formas dudosas de hacerlo.

Peter dio los dos o tres pasos hasta la cama, se quitó la parte superior del pijama y se tumbó de espaldas. Sacando el corcho de la botella e inclinándose como una masajista sobre su cliente, este hombre al que miraba cada vez más como un amigo, inició el proceso de oscurecer aquellas partes del cuerpo del hombre blanco que quedarían al descubierto por el atuendo de manga corta. Mientras lo hacía, habló.

—Lo que sucederá esta noche, m'sieu, te interesará, estoy seguro. Estas personas planean una reunión especial en la que llamarán a los Antiguos para que se presenten. Hay una línea que escuchará y debe estar listo para unirse la primera vez que la escuche: No está muerto lo que puede yacer eternamente, y con extraños eones, incluso la muerte puede morir. Lo escuché en la Península Sur. Se me dijo que no era para los oídos de cualquiera. No querrás sonar como si fuera nuevo para ti. No está muerto —repitió—, lo que puede yacer eternamente, y con extraños eones, incluso la muerte puede morir.

—¿Qué significa? —Peter preguntó con el ceño fruncido.

El haitiano se encogió de hombros.

—¿Quién sabe exactamente? Pero ellos conocen su significado, y quizás después de esta noche nosotros también lo sepamos.

Se quedó en silencio, dándole al hombre blanco la oportunidad de repetirse la fórmula en silencio hasta que la supiera. Cuando la botella estuvo vacía, Metellus se apartó de la cama para mirar a Peter y luego asintió.

—Deberíamos planear estar allí antes de que oscurezca, para poder mostrar mi trabajo de la mejor manera, ¿eh? Podemos usar mi Jeep para llevarnos hasta Furcy, luego tendremos que caminar unos kilómetros. Esos senderos de montaña no son fáciles.

Peter prestó la menor atención posible a su piel hormigueante y se miró en el espejo mientras hablaba con su compañero.

—¿A qué hora saliste de allí esta noche?

—Justo después de la medianoche.

Peter miró un reloj despertador en su cómoda, restando los minutos que había pasado. Sus manecillas perezosas marcaban ahora las cinco menos cinco, y Metellus había estado allí, ¿cuánto tiempo? ¿Cuarenta y cinco minutos? ¿Un poco más?

—¿Entonces queremos estar ahí a qué hora?

—Creo que debería pasar a recogerte a eso de las tres de la tarde.

Asintiendo con naturalidad, Peter abrió la parte superior de la cómoda, un lugar de almacenamiento sin absolutamente ninguna seguridad, para sacar su billetera. De allí le entregó al haitiano unos billetes.

—Llena el tanque de gasolina. Y consigue algo de comida también. No se sabe en qué nos estamos metiendo.

—Gracias, jefe —respondió con una nota de ironía, advirtiendo que había más de lo necesario para las tareas que Peter había estipulado.

Se fue, y la única compañera de Peter volvió a ser la humedad, que a estas alturas parecía haber vencido a los perros, por fin callados. Quizás ahora podría dormir un poco. Cuando el tinte de su piel pareció estar lo suficientemente seco, Peter regresó a la cama y se quedó dormido hasta media mañana, sabiendo que probablemente no

dormiría en absoluto en la noche que tenía por delante. ¿Quiénes o qué, se preguntó, eran los Antiguos de los que había hablado su amigo haitiano? Dioses más antiguos que el panteón convencional de Obeah, sin duda. ¿Pero qué dioses? ¿De qué tipo? Más tarde le pareció vagamente que sus sueños de esa mañana intentaban darle alguna pista, pero no pudo recordarlo.

Aquella tarde, cinco minutos para las tres, Metellus giró su jeep hacia el camino de entrada de la Pensión y Peter, que estaba preparado, entró directamente en él. Varios de los otros huéspedes habían mirado descaradamente a Peter mientras bajaba las escaleras de su habitación del segundo piso y caminaba por el pasillo de la planta baja hasta la puerta. Sin duda se sorprendieron al ver que un hombre blanco se había convertido en negro, pero nadie lo cuestionó, tal vez sintiendo que era más seguro no hacerlo. Mientras se deslizaba en el asiento al lado del conductor, su amigo haitiano asintió con la cabeza y dijo:

—Veo que el tinte funcionó bien. Si yo fuera usted, me estaría preguntando cuánto tardará en desaparecer.

—Lo he pensado, ahora que lo mencionas —Peter sonrió mientras se ponía lo más cómodo posible.

El Jeep era viejo, abierto, con una capota de tela para proteger a sus dos ocupantes de la lluvia o el sol.

—Puedes seguir siendo haitiano durante tres o cuatro días —dijo Metellus, con aire de médico, mostrando nuevamente sus dientes blancos.

—Puedo pensar en cosas que no preferiría ser.

—¿Eh?

Peter se dio cuenta de que probablemente no había redactado correctamente el comentario en criollo.

—Siempre y cuando funcione esta noche —corrigió.

—Sí —respondió Metellus con una gravedad repentina y sorprendente, mientras salía del camino de la Pensión—. Siempre y cuando los Antiguos no sepan quién y qué eres en realidad.

Peter pensaba en ese comentario de vez en cuando mientras los dos viajaban por la sinuosa carretera hacia Petionville, donde vivían muchos de los ciudadanos más ricos del país para escapar del calor y la miseria de la capital de Haití.

Permaneció en su mente en la subida aún más larga por una estrecha carretera asfaltada hasta el pueblo de montaña de Kenscoff. Y le golpeaba la mente de vez en cuando Metellus, un conductor hábil y cuidadoso, subía con el pequeño vehículo por la última subida sinuosa hasta el final de la carretera de Furcy. En varias ocasiones Peter se había girado en su asiento para mirar hacia abajo a través de la bruma de calor que se cernía sobre los tejados de la capital, como si tratara de penetrar las nieblas opacas de la antigüedad. Se preguntó por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo. ¿Todos los antropólogos vivían peligrosamente? Solo los misioneros terminaron en cacerolas, ¿no es así?

Su compañero detuvo el vehículo frente a una casa de campo y Peter salió de su ensueño.

—Dejaremos el Jeep aquí —anunció Metellus—. Esta gente me conoce.

Miró el reloj en su muñeca. Peter había observado anteriormente que usaba un Rolex o algo así, lo que uno pensaría fuera del rango de cualquier ingreso legítimo. Pero sabiamente lo había cambiado por un Timex más modesto para la ocasión.

—¿Tienes hambre, amigo mío?

Sus ojos concluyeron un barrido de la cabaña y lo que había más allá, Peter apenas captó las palabras, pero respondió:

—No lo había pensado. El calor me quita el apetito. Pero tal vez deberíamos comer algo.

Metellus se deslizó de su asiento y se inclinó hacia la parte trasera del Jeep para sacar una bolsa de comida. Resultó ser una extraña mezcla de frutas, verduras y la peor clase de comida chatarra grasosa. Más de todo lo que podían esperar comer.

Y había alcohol. Metellus abrió la bolsa y le dio a elegir. Peter tomó un par de manzanas y un panecillo. Metellus tomó aún menos. Justo en ese momento se abrió la puerta de la cabaña, y fue una atractiva mujer negra de mediana edad quien los saludó a ambos con una sonrisa y un feliz ¡Bon jour!

Metellus le entregó el resto de las provisiones. Desde allí caminaron. Y Peter pronto descubrió y apreció por qué Metellus había considerado prudente llegar a su destino antes de que oscureciera. Más que un sendero era una serpiente retorciéndose por el bosque. A veces se veía bloqueado por ramas de árboles caídos, en su mayoría pinos, y por rocas que debían haber caído de la montaña. Parecía interminable.

Peter estaba cansado, su compañero apenas menos, cuando la pareja finalmente llegó a un grupo de chozas en un claro que, afortunadamente, resultó ser su destino. Pero

no habría descanso para ellos. La gente salía a grandes zancadas de las cabañas, en su mayoría hombres, y Metellus tuvo que presentarles a Peter.

Tuvo que sonreír y permanecer de pie mientras su compañero les explicaba que Peter era un floridano, amigo de su hermano, y que estaba profundamente interesado en los Antiguos. También que estaba ansioso por participar en los procedimientos de la noche, al menos como observador. Peter momentáneamente comenzó a escuchar la verdad exacta de los labios del otro. Había esperado más fingimiento que esto, aunque no podía pensar en ninguna razón real para que fuera necesario.

Para cuando se presentó al recién llegado había oscurecido lo suficiente como para que las linternas se encendieran y colgaran en los árboles circundantes, y los tambores de vodun comenzaran a vibrar. Nadie parecía sospechar de él, y las únicas miradas en su dirección que notó parecían ser corteses y amigables. Devolvió las sonrisas que vio y esperó lo mejor. Preguntó si podía hacer algo para ayudar a prepararse, le dijeron que era un invitado y que no debía ocuparse con esas tareas. Esto lo tomó como permiso para cabecear y tomar una breve siesta.

Una vez que sintió que Metellus lo despertaba con un codazo se dio cuenta de que había dormido durante al menos tres horas. La luna estaba alta y el claro ahora estaba lleno de figuras ansiosas que se movían de un lado a otro, creando casi un efecto estroboscópico al pasar rápidamente ante las lámparas y linternas encendidas. Se puso rápidamente de pie y miró nerviosamente para asegurarse de que su postura no hubiera revelado ninguna carne rosada. La sonrisa de Metellus lo anticipó y le hizo saber todo estaba bien.

Los dos se apresuraron a entrar en el círculo y buscaron buenos asientos, cerca de la acción, cualquiera que hubiera, pero no demasiado, para que no se notara alguna sorpresa o desgana de su parte. Aquí, en la escena misma, Peter se preguntó por primera vez cuántas celebraciones de esta secta había visto realmente Metellus. Hablaba enigmáticamente sobre ello, como si supiera poco, y sin embargo parecía ser bastante conocido para los reunidos.

Quizás había recibido sólo un grado preliminar de iniciación y sólo podía adivinar, como Peter le había oído, los verdaderos secretos del culto. ¿Pero no implicaba eso que él mismo, un forastero, no podía esperar ver algo fuera de lo común? Bueno, no había nada que hacer más que esperar ahora.

Echó un vistazo a la multitud apretada. La escena era familiar, al igual que las expresiones de expectación aventurera en los rostros negros relucientes por el sudor y la luz del fuego. Luego, con un sobresalto que esperaba que nadie notara, vio rostros de un reparto más ominoso, rostros curtidos y altivos cuyas líneas peculiares delataban emociones habituales y exaltaciones de un tipo que no podía adivinar.

Algunos tenían cicatrices rituales, otros tenían tatuajes y pintura descoloridos. También había aros de extraña mano de obra, algunos sugiriendo las formas de extrañas criaturas marinas. Aquí había algo nuevo. ¿Podría tal vez entrevistar a estos viejos, que sin duda eran esos bocors y houngans curiosamente aliados que, según el rumor, había descrito como improbable que se unieran para algún propósito espantoso? De alguna manera sintió que sus posibilidades de eso eran escasas.

Su entusiasmo se redujo a la decepción una vez que la congregación se calló como por alguna señal tácita y comenzó el servicio. El celebrante, un anciano de rostro arrugado y una voz poco más que un susurro fatigado, cantó las habituales oraciones introductorias. Dibujó las vevas habituales alrededor de la base del poste central o poteau mitan. Sin dejar de zumbir, como si recitara con cansancio una canción de cuna para niños, llamó a la serie habitual de deidades vodun: Legba, Ogoun, Erzulie, Damballah y el resto. Peter había visto y oído todo esto muchas veces antes. Y, sin embargo, los cultistas reunidos parecían estar aún más ansiosos, como si su parte favorita estuviera en camino.

De inmediato, el carácter rutinario se desvaneció. Los preliminares, superficiales, habían terminado. Los gestos en la multitud se volvieron rápidos, incluso violentos, golpes sin rumbo, golpeando cabezas y torsos ajenos al impacto. Los ojos se pusieron en blanco, la gente se levantó ciegamente, cantando estridentemente, uniéndose a una frenética danza de serpientes que seguía al líder. A la señal urgente de Metellus, Peter se unió lo mejor que pudo. Se esforzó por distinguir las palabras que se cantaban y, debido al número de voces, veinticinco más o menos, le resultó difícil. Especialmente difícil para alguien para quien el criollo no era su idioma principal. Sin embargo, entendió algo de eso. Y para su sorpresa, estas bacantes negras no estaban invocando a los dioses tradicionales del vodun, cuyos nombres había escuchado momentos antes, sino a alguien, algo, mucho más antiguo. Los nombres eran completamente nuevos para él, y se dio cuenta de que por eso eran tan difícil de entender. Algunos de los nombres eran tan extraños, y fueron ladrados y gritados más allá de la comprensión. Tulu... Nigguratl, Yig, Nug y Yeb. Y la cacofonía estaba dando paso rápidamente a algún idioma extraño, cada vez menos criollo.

Un destello intuitivo le dijo lo que debía estar pasando aquí. Antiguos. Él sabía, cualquiera sabía, que el cristianismo nominal de los haitianos y otros pueblos caribeños enmascaraba apenas las religiones africanas de sus antepasados anteriores a la esclavitud. Podían llamar al objeto de su devoción extática Santo esto o aquello, pero en realidad estaban invocando a Damballah, al barón Samedhi y a los demás dioses de la antigua África. Pero lo que estaba contemplando aquí era algo más: estos Antiguos tenían que ser dioses y demonios inconcebiblemente arcaicos a los que se habían ofrecido sacrificios a gritos en las edades del amanecer antes de Zimbabwe, Benin y Opar, deidades cuyo culto había sido finalmente prohibido y rechazado para refugiarse bajo los nombres de los dioses más sanos de Zulu, Ashanti, Shona y otras tribus. Detrás de sus mitos, las Cosas de la Blasfemia Mayor todavía acechaban y

deliraban, ya que los espíritus benignos de las religiones africanas se esconderían más tarde detrás de los halos de los santos católicos.

En un momento lo supo.

Continuaron los cánticos y los tambores. También lo hizo el baile, ya que los cultistas formaron un círculo y continuaron moviendo los pies, algunos con sandalias de suela plana, otros descalzos, en una procesión. El celebrante, cuyo letargo hacía tiempo que se había desvanecido, saltó al centro del círculo y comenzó a girar, con sus ojos vidriosos siguiendo a la multitud que giraba a su alrededor. Gritó algo una vez, dos veces, apuñalando con un dedo en dirección a dos de la multitud en trance. Una de ellas, que apenas pudo haber sido consciente de la convocatoria, una adolescente, se separó del grupo y cayó al suelo. Fue seguida instantáneamente por una segunda, esta una vieja bruja.

Más vocablos groseros brotaron de la garganta en carne viva del sacerdote vudú, y las dos mujeres se deshicieron obedientemente de toda moderación, sus rostros aun extrañamente vacíos, y comenzaron una salvaje lucha a muerte. Gotas de sangre y carne arrancada volaron por todas partes, y el estómago de Peter se revolvió. Puñados de carne humana, un ojo, otro, esparcidos por el aire. La sangre de alguna manera lo salpicaba desde la dirección de las dos mujeres como si la arrojara una lata de pintura. El joven antropólogo descubrió que su conciencia se tambaleaba. Despertándose un momento después, se dio cuenta de que había caído en los brazos de Metellus. Rezó para que nadie más hubiera notado esta falta de valor, pero una mirada rápida le dijo que nadie le estaba prestando atención.

Partes de las dos formas andrajosas rodearon al anciano sacerdote, que ahora se hundió en sus huesudas rodillas y comenzó a recoger la sangre y aplicársela a sí mismo, un sangriento bautismo, finalmente cayendo y rodando en el charco carmesí. Los demás se quedaron en silencio, mirando atentamente, Metellus y Peter no menos que el resto. El anciano permaneció en una postura de súplica, sus ojos mostraban solo el blanco, entonando un cántico que le retorció la garganta.

Peter sabía que en un ritual vodun ordinario uno esperaría que comenzaran los trances extáticos de posesión, nada muy siniestro, no muy lejos de lo que sucede en cualquier ceremonia pentecostal de los Apalaches. Pero le esperaba una sorpresa. De una de las cabañas cercanas apareció una figura extraña. La multitud giró como una sola para enfrentarse a ella. Los tamboristas se quedaron inmóviles con las manos levantadas sobre sus parches. En el claro avanzó lentamente, con patas como garras, cada una de unas cuarenta y cinco pulgadas de largo, un cuerpo como el de un pollo pero tan grande como un barril, con la cabeza de un macho humano. Y no parecía ser un disfraz. Detrás de él, en una sola fila, venía media docena de otras monstruosidades. En absoluto silencio (Peter notó distraídamente las lejanas cacinaciones de los insectos del bosque) los cultistas ampliaron su círculo para dar

suficiente espacio a los recién llegados.

Luego vino otro, por sí solo. Una criatura que el antropólogo Peter Macklin reconoció de sus lecturas. ¿Cuál era su nombre? No podía recordar. Su mente estaba demasiado confusa para funcionar correctamente.

Pero la cosa era como un pulpo. Uno enorme. No se podía ver todo porque parecía brotar una serie de tentáculos ondeando y entretreídos. Se movían con suprema facilidad a pesar de la falta de un medio fluido. Todo parecía estar en movimiento, un movimiento hipnótico. Algunos de los tentáculos lo movieron hacia adelante; otros se retorcieron y temblaban sobre su cuerpo bulboso, reluciendo grasosamente a la luz del farol que iluminaba todo el claro. Luego, cuando se acercó, Peter vio que se había equivocado; en realidad, era más como una enorme serpiente de mar, con grandes garras de aspecto feo en algunos de sus brazos, ¿o eran los brazos en realidad pies? Todo lo que sabía con certeza era que le vino a la mente un nombre.

La Cosa monstruosa se unió a las que la habían precedido. Peter ya no estaba seguro de lo que era o no era una alucinación. De alguna manera parecía que estaba mirando una línea de criaturas gigantes vistas desde una gran distancia. Pero luego parecían estar paradas aquí, con sus adoradores humanos, en este claro en la cima de una colina haitiana. Metellus, al lado de Peter, ahora a su izquierda, se inclinó hacia su compañero, que claramente palidecía. Dijo en voz baja:

—Ese último es el temido Tulu, amigo mío.

El nombre que se le había ocurrido a Peter era diferente. Cthulhu.

Pero él solo asintió. Y luego sintió dos pares de manos fuertes tomar sus codos y guiarlo rápidamente fuera del círculo y dentro de una de las chozas, no aquella de la que habían emergido las entidades. Por un momento, en medio de su repentino pánico, a Peter se le ocurrió preguntarse cómo cualquiera de las pequeñas cabañas podría haber contenido a las grandes criaturas que veía. Una voz familiar habló con los acentos inteligibles del criollo. Era Metellus.

—No te preocupes. La ceremonia ha llegado a un punto que quizás no veamos. Vamos, descansa —Metellus señaló una estera de paja suave en el suelo.

Peter sintió que se hundía rápidamente en el sueño. Quizás en verdad lo habían hipnotizado, o quizás las conmociones emocionales que había experimentado estaban resultando demasiado para él. No opuso resistencia. No se dio cuenta de si Metellus se acostó a su lado o regresó a las festividades.

Peter durmió sin sueños, o al menos no los recordó, y esto con una extraña sensación de alivio. Lo despertó la mano que le sacudía el hombro. Un par de haitianos grandes

lo condujeron sin decir palabra a otra de las chozas. Allí, con las piernas cruzadas y completamente limpio de las impurezas de la noche anterior, estaba sentado el sacerdote marchito, que silenciosamente le indicó que se sentara en el suelo frente a él. Sus dos criados asumieron posiciones de espera a ambos lados de la estructura, pareciendo mezclarse con las figuras bárbaras representadas en las cortinas que cubrían las paredes circulares. Peter no sintió miedo, solo una sensación de anticipación nerviosa.

El criollo del anciano era claro, y su voz, firme.

—Joven señor, creo que le gustaría unirse a nosotros. ¿No ha venido entre nosotros con ese propósito? Se requerirá una simple iniciación. No se preocupe. No sufrirá ningún daño, a pesar de lo que tal vez crea que fue testigo anoche. Entonces, y solo entonces, podrán serle revelados nuestros verdaderos secretos.

Peter no vaciló. De hecho, ¡esto era más de lo que podía haber esperado!

Había visto algo perturbador la noche anterior, al menos creía haberlo hecho. Pero no recordaba qué. Quizás había soñado después de todo. En cualquier caso, esta sería una oportunidad incomparable para la observación. ¡Esta era su oportunidad de hacer una investigación original sobre una religión afrocaribeña prácticamente desconocida! ¡Su carrera académica iba a tener un buen comienzo!

—Sería un honor, abuelo. Sin embargo, debo decirle que eventualmente debo regresar a los Estados Unidos, donde tengo obligaciones. No podría estar presente con tanta regularidad como desearía. ¿Puedo unirme a ustedes de todos modos?

—Su amigo Metellus nos ha dicho que dividirías tu tiempo entre aquí y los Estados Unidos. Eso no plantea ninguna dificultad. Nos traes sangre nueva. Creo que su llegada será una bendición tanto para usted como para nuestros divinos señores. De hecho, no tengo ninguna duda de que fueron ellos quienes guiaron tu camino hacia nosotros.

Peter sonrió y respondió:

—Estoy seguro que tiene razón, abuelo.

En secreto se preguntó cuán encantado estaría el anciano, o cualquiera de los otros cuando publicara su investigación sobre su culto. Odiaba traicionar una confianza de esa manera, pero a veces era necesario si se quería compartir el conocimiento con los colegas y con el mundo.

—Ve y descansa ahora, joven Peter, hasta esta noche, cuando harás el primer juramento de Damballah. Permanece en tu cabaña hasta que se ponga el sol. Entonces

estos hermanos (indicando a los dos gigantes que aún permanecían en silencio como esculturas los recogerán para la ceremonia, en la que se convertirán en uno con nosotros.

Sonrió. Ambos hombres se levantaron. Cuando regresó, Peter se alegró de ver a Metellus esperándolo.

—¡Esta noche voy a ser iniciado, Met!

—Yo también —respondió el haitiano, haciendo que los ojos de su amigo se agrandaran.

—Casi sospechaba que ya eras miembro, como todo el mundo te conoce aquí.

—La verdad es que hice el Primer Juramento cuando era un niño. Tomé el segundo cuando llegué a la edad adulta, a los trece años. Aprendí más entonces de lo que sabes ahora. Pero las Cosas Profundas, como las llaman, se revelan solo a aquellos que prestan el Tercer Juramento de Damballah. Eso es lo que voy a tomar esta noche. Esperaba hacerlo. Pero ahora empiezo a preguntarme, a preocuparme. Creo que tal vez ya he visto demasiado.

—¿Quieres decir... anoche?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir. Excepto que no sé a qué me refiero. No recuerdo mucho, excepto algunas pesadillas posteriores. No sé qué era un sueño y qué no. ¿Tu sí?

Peter negó con la cabeza, un ceño fruncido se posó en su rostro manchado.

—No estoy seguro de querer seguir adelante, Peter. Y estoy aún menos seguro de que debas seguir adelante.

—¿Pero por qué no, Met? ¡Parece una oportunidad única en la vida!

—¡Oh, lo es para ellos!

—No te sigo.

—Lo único que no saben de ti, mon ami, es que eres blanco. Dudo que les importe. Verás, creo que quieren usarte, tu posición en la sociedad en los Estados Unidos. Saben que tendrás conexiones que nunca podrían obtener, la influencia que desearían tener.

—¿Para qué?

—Oh, el culto es muy antiguo. Alguna vez tuvieron poder e influencia a una escala que no puedes imaginar. Les encantaría recuperarlo. Al menos eso es lo que los Primigenios les dicen en sueños. Lo sé, porque desde el Segundo Juramento comparto algunos de esos sueños. Y creen que puedes ayudarlos a recuperar su antiguo poder. Y te diré algo más, estoy bastante seguro de que nunca te dejarán publicar los hechos de lo que realmente está sucediendo aquí. Solo una especie de versión atenuada. Lamento molestarte, Peter. Me iré ahora. Quiero explorar un poco el campamento. Te veré esta noche antes de la ceremonia. Hasta entonces, piensa en lo que he dicho, ¿de acuerdo?

Metellus se fue sin darle a Peter la oportunidad de responder.

Peter pensó un poco en el asunto, aunque nada lo convenció de cambiar de opinión. Había invertido demasiado. ¿Y qué daño podría ocasionar? Metellus parecía haber sobrevivido sin dificultad. ¿Y qué le preocupaba de repente? Estaba oscuro en la cabaña y, aunque no hacía tanto calor como en el campo de abajo, el lugar seguía siendo bastante sofocante. Así que hizo lo que solía hacer en esos días. Sin realmente decidirlo, se durmió.

Soñó. En su sueño, Metellus regresó antes de lo que había dicho. Tenía una sensación de gran urgencia, dijo que se las había arreglado para recordar algo. Pero cuanto más le suplicaba a Peter que se levantara y dejara el recinto con él, más profundamente parecía hundirse Peter en el sueño. Fue un sueño extraño, y Peter comenzó a olvidarlo tan pronto como sintió que unas manos lo sacudían para despertarlo. Eran manos negras, pensó en Metellus al principio, pero no. El sacerdote le había enviado a los dos escoltas silenciosos como había prometido. Peter se alegró de unirse a ellos y se sorprendió, una vez que se abrió la puerta, al ver que ya estaba anocheciendo. No había rastro de Metellus. Probablemente estaba de camino al área del ritual donde la multitud comenzaba a reunirse. También Metellus, recordó, debía someterse a una iniciación esta noche.

Rostros sonrientes saludaron al forastero. La multitud se separó como una cortina para dejarle penetrar hasta el centro, donde el anciano sacerdote, con sus mejores galas ceremoniales, estaba de pie sosteniendo una taza de cerámica. Ya estaba cantando. No sonaba a criollo. El postulante se encontró con la mirada del anciano, sonriente y, esperaba, reverente. Pero no pudo evitar echar un vistazo aquí y allá para comprobar la presencia de Metellus. Aun así, no apareció.

Peter se sintió incómodo por el extraño idioma, lleno de guturales y gruñidos, pero también con acentos que se retorcían en la lengua y sonaban líquidos, casi melódicos y, sin embargo, de alguna manera bestiales. Quedó claro, cuando el sacerdote se acercaba a un crescendo, que estaba recitando las condiciones de un juramento, el Juramento a Damballah. Peter sabía que pronto tendría que aceptar lo que fuera que

le pidieran. Si tan solo Metellus estuviera aquí para ayudarlo a darle sentido a todo. Pero claro, pensó con pesar, ¡él era el antropólogo!

Debería poder resolverlo. Ahora no había nada más que seguir con el drama. Cuando el sacerdote se detuvo, mirando expectante a Peter, este asintió y se inclinó, esperando que eso fuera suficiente. Debe haberlo hecho, porque el anciano dijo algo más ininteligible para su congregación, y estallaron en aplausos y gritos de alegría. Las mujeres y los niños se acercaron para colocar coronas de flores alrededor de su cuello, y una corona de laurel sobre su sudorosa frente. Varios sumergieron los dedos en la copa que sostenía el anciano sacerdote y luego hicieron cruces en el rostro y la frente de Peter con la sustancia roja que contenía la copa.

Después de que todos tuvieron su oportunidad, el anciano le ofreció la taza a Peter y le invitó, esta vez en criollo claro, a tomar un trago. Peter ya sabía que debía ser sangre de sacrificio. Pero él no era de los que se sorprendían o disgustaban con las costumbres paganas. Como antropólogo de campo nunca podría permitirse semejantes escrúpulos. Así que tomó la taza y bebió de la bebida salada. Siguieron más vítores. Supuso que había prestado con éxito el primer Juramento de Damballah. Ahora solo necesita esperar para descubrir a qué secretos le dio derecho la iniciación. Era una constante intercultural: los iniciados en cualquier culto recibían un catecismo sobre las verdades internas, aunque es posible que otros secretos aún más profundos permanezcan en espera de nuevos grados de iniciación, grados que él esperaba que no le tomara mucho tiempo alcanzar. Todo era cuestión de investigación y de hacer amistad con estas personas. Y eso no debería ser demasiado difícil. Como todos los haitianos que había conocido, eran claramente bondadosos y amistosos.

Los tambores empezaron a vibrar y sus pulsos aceleraron involuntariamente el ritmo.

El sacerdote señaló una de las cabañas y Peter se dio cuenta de que el ritual no había terminado después de todo. Miró a su iniciador, luego en la dirección que había señalado. Encogiéndose de hombros, decidió que estaba listo y se dirigió a la cabaña. Ahora notó de que los tambores se movían en círculo alrededor de la pequeña estructura.

Mientras el chamán caminaba a su lado, Peter se atrevió a susurrarle:

—Abuelo, me haces un gran honor. ¿Pero dónde está mi amigo? ¿No iba a recibir él también esta bendición?

El anciano sonrió y movió la cabeza con entusiasmo.

—Así es. Y así lo hizo, hace menos de una hora. Lo verás muy pronto. Y ahora, hijo mío, aprenderás los secretos de la vida y la muerte. Primero la vida. El segundo Juramento de Damballah.

Dicho esto, abrió la endeble puerta. Peter entró y miró a su alrededor. Había espacio para una almohadilla en el suelo y no estaba desocupada. Su carne negra reluciente a la luz de bancos de velas, la encarnación misma de la vitalidad femenina haitiana se extendía de manera tentadora. Sus pulsos martillaron, sus hormonas subieron.

Los tambores afuera pensaban por él, ¡aunque pensar tenía poco que ver con una situación como esta! Ella estaba desnuda y, en un momento, él también lo estaba. Mientras la montaba, tan impaciente como ella, pudo verla bien y vio dos cosas con un grito ahogado. La reconoció como la mujer en cuya cabaña habían dejado el coche de Metellus. Y sus ojos estaban completamente vacíos, perdidos en un éxtasis que era al menos tan espiritual como sexual, probablemente más.

Peter comprendió que estaba en medio de un trance de posesión, sin duda creyendo que estaba habitada por el espíritu del amor, Erzulie. Nunca se había imaginado hacer el amor con una mujer en tal estado. Cuando entró en ella, bombeando locamente, descubrió que era como un volcán, un mustang que se retorció. Era todo lo que podía hacer para aguantar, para ganar apoyo y conducir él mismo a casa una y otra vez hasta que llegara la descarga explosiva. ¡Fue glorioso!

Él se quedó sin aliento, se dio la vuelta, sintió que sus miembros flexibles se estremecían, temblaban y se relajaban gradualmente. Aun así, ella no dijo nada. Y en el silencio posterior, Peter pudo detectar los tonos bajos de un canto antifonal. A un lado de la cabaña, pudo distinguir voces masculinas. ¡Repetían una invocación, Niggurat! Entonces las voces femeninas respondieron, ¡Yig!

Se preguntó qué significaba específicamente. Sabía lo que significaba en general: acababa de participar en un rito sagrado más antiguo que Baal y Asera, el Hieros Gamos, o matrimonio sagrado entre dios y diosa, entre el cielo y la tierra. Se suponía que era una garantía mágica de fertilidad para los campos. Mientras esto pasaba por su mente, se dio cuenta por primera vez que había expuesto su carne medio teñida. Pero la mujer no lo había notado.

Apenas había logrado cambiarse la ropa cuando el anciano sacerdote abrió la puerta, exponiéndolo a las caras risueñas y ansiosas de tantos cultistas como pudieron ver el interior. El anciano le hizo señas para que saliera, mientras un par de mujeres mayores pasaban corriendo junto a él para ver a la mujer, que comenzaba a despertar de su trance. Seguía tambaleándose por el éxtasis y el cansancio, pero evidentemente no iba a haber descanso.

Manos ansiosas lo condujeron a una choza más pequeña, esta con humo saliendo de las esquinas de las puertas. Observó vagamente que sin duda era una cabaña de sudor, parte del patrón universal de los ritos de iniciación. Podrías encontrarlas en culturas prealfabetizadas en todo el mundo: amerindios, siberianos, melanesios,

habitantes de la selva amazónica. En la mente preconsciente de Peter descansaba el conocimiento de que la choza de humo simbolizaba el útero del segundo nacimiento, el nacimiento a un plano superior. Sería una prueba, diseñada a través de la falta de oxígeno y la privación sensorial, para producir visiones, generalmente visiones que reflejan las máscaras tótem tradicionales de la tribu. ¿Qué vería, si es que veía algo?

Medio tropezando, en parte debido a los empujones de su escolta, en parte por su aturdimiento residual, Peter cayó al suelo dentro de la cabaña iluminada por el fuego. El suelo era llano pero no duro. La luz parpadeó con su fuente. Sintió una gran necesidad de entregarse a dormir. ¿Cuándo había dormido tanto? No podía recordar. Se fue a la deriva. Supuso que estaba dormido de nuevo, porque ahora parecía haber una fila de figuras agachadas y sentadas frente a él, una fila demasiado larga para el pequeño espacio. Pensó que debería conocerlas.

Seguramente había algo familiar en ellas. Y luego recordó que había marcado sus rostros la noche anterior, en esa ceremonia que había olvidado en gran medida. Quizás recordaría más ahora que estaban aquí de nuevo, los bocors, los hougans, los hechiceros tatuados y marcados del culto. La luz del fuego hacía cosas extrañas en sus contornos, eso era seguro, pero a Peter le parecía que eran sus sombras las más extrañas de todas. No parecían corresponder ni remotamente con los cuerpos que los proyectaban. El hombre del medio, con los pendientes de aro y las peores cicatrices en el cuello: la sombra que se cernía sobre él le recordaba vagamente a los contornos del Gran Tulu, las tenazas unidas a cuellos y apéndices ondulados. Los demás eran todos diferentes pero igualmente inadecuados. Sí, los Primigenios. Estaba empezando a recordar.

El portavoz del grupo abrió los ojos y Peter no vio iris ni pupila, solo una extensión vacía de un verde brillante, como cuando un rayo de sol penetra en el agua del mar por encima de un buceador. La figura empezó a hablar. Parecía como si hubiera estado hablando durante algún tiempo, como si alguien hubiera encendido una radio en medio de un discurso. Pero el contenido definitivamente estaba dirigido a él.

—Sabemos que es conocimiento lo que buscas. Los verdaderos buscadores vienen a nosotros tarde o temprano, como tú has venido. Aquí aprenden el camino superior, el camino hacia el pasado. Pero usted es especial, señor joven. Los Primigenios te han enviado a nosotros con un propósito. Puedes ayudarnos a recuperar el pasado.

Peter sintió que debería estar sentado en una postura de respeto o veneración hacia estos viejos santos, estos ancianos de la comunidad. Pero estaba completamente vacío, apenas capaz de captar lo que se decía. Se quedó allí tendido como una muñeca flácida, esperando que no se ofendieran.

—Sabemos que quieres conocer nuestros secretos para poder ganar fama traicionándonos al mundo exterior. Eso no puedes hacer. Pero ganarás tu fama.

Escribirás tu libro. Te diremos lo que se puede decir. Otros incluso podrán verificar lo que dices. Y cuando tengas tu fama, la tendremos. Y luego te enviaremos algo más que puedas contarle a tu mundo. Es un mundo que ama las drogas. Sustancias.

Una oleada de risas siguió a esto.

—En ese día, tal vez dentro de dos o tres años, cuando seas el famoso profesor, les dirás que has descubierto algo grandioso entre nosotros. Les dirás que los viejos médicos brujos de la isla no son tan estúpidos. Que tienen secretos químicos de las selvas tropicales. Polvos que pueden levantar el ánimo, que pueden extender la virilidad, que encogerán la grasa del culo del hombre blanco. Y lo hará. Y hará otras cosas que sus pruebas no mostrarán. Y de esta manera, tú, hijo mío, abrirás sus corazones para amar el pasado de los Primigenios. Y en ese día ustedes los hombres blancos cantarán como cantamos: No está muerto lo que puede yacer eternamente. ¡Y con extraños eones, incluso la muerte puede morir!

No los vio irse. Tal vez se había desmayado, perdido el conocimiento incluso dentro del sueño. Pero al fin volvió a despertar, seguro para entonces de que lo habían drogado en secreto, incluso antes de que lo llevaran a la cabaña de sudor. Ahora los vapores le hacían toser. Eso es todo, se había despertado tosiendo. Había algo en el humo que estaba jugando con sus fosas nasales, que también lo mantenía confundido. Pero eso, por supuesto, era parte del régimen. No le preocupó demasiado. Pero se le pasó por la cabeza preguntarse por Metellus. ¿Estaba en otra parte del campamento, pasando por algo similar?

Y luego: ¡ahí estaba!

Peter se estremeció de sorpresa.

—¡Peter! ¡Cometí un gran error al traerte aquí!

La imagen de su amigo flotaba cerca. El hombre debía estar arrodillado para mirar el rostro empapado de Peter.

Peter sonrió y extendió la mano para tocar el hombro del otro y tranquilizarlo, pero no pudo alcanzarlo.

—No, no, Met. ¡Todo va bien! Mejor de lo que podría haberlo hecho. Dime, es una gran cicatriz la que tienes allí. ¿Cómo... ?

El rostro negro, curiosamente oscuro y gris en el interior lleno de humo de la cabaña, esperó a que Peter se recompusiera, aclarara sus pensamientos.

—Escuché que pasaste tu rito de iniciación, o prueba, o... dame un minuto...

—Sí, mon ami, hice el tercer Juramento de Damballah. Con él uno se entrega completamente a los Primigenios.

—Bueno, te puedo decir, amigo, ¡el Segundo Juramento no es malo! Nunca tuve un...

—¿Qué pasa con el Primer Juramento, amigo mío? ¿Probaste la bebida? ¿La taza salada?

—Sí, era sangre, lo sé. Sabía que lo sería. Es muy común. Probablemente una de sus cabras.

—Creo que fue una cabra llamada Metellus —dijo el hombre negro, cerrando la boca en este rostro y abriendo los nuevos labios de su garganta en una horrible sonrisa—. No es una mera cicatriz. Ahora tienes mi sangre en ti. Es por eso que puedo acudir a ti de esta manera, mientras tu mente se ha abierto a las influencias. Me queda poco tiempo. Te queda poco tiempo.

Peter se estaba sacudiendo para despertar, encogiéndose de hombros y sentándose. Sus ojos muy abiertos miraron el rostro de su amigo muerto, y cuanto mayor se volvía su sobria claridad, más tenues se volvían los rasgos de Metellus.

—No, Metellus, yo...

Las palabras llegaron como un susurro sin fuente:

—No te atrevas a irte y desobedecer a los Primigenios ahora. No lo permitirán. No los desafíes abiertamente. Pero no les sirvas...

Y no hubo más.

Peter estaba ahora definitivamente despierto. Su cabeza latía sin el beneficio de los tambores. El humo estaba casi disperso, lo que, supuso, probablemente fue lo que le permitió aclararse la cabeza. Se acostó por un segundo, descubrió que esto solo empeoraba su dolor de cabeza. Así que rodó para arrodillarse y ponerse de pie, pero mientras rodaba se encontró con una forma supina y retrocedió. Al principio, sus recuerdos se confundieron, imaginó que era la mujer de unas horas antes. Pero no fue así.

Saltó hacia atrás alejándose del cadáver de Metellus, macheteado.

No había sido solo su garganta. Eso debe haber sido solo el comienzo. No se había visto así en el sueño del que Peter acababa de despertar. Pero ya no podía empezar a adivinar, en este lugar, qué era un sueño y qué era la realidad, o incluso cuál se

suponía que era la diferencia. Al parecer, cualquier cosa era igualmente real.

Abrió de golpe la frágil puerta y salió tambaleándose. Un semicírculo de los ancianos del culto, un par de sus hombres musculosos y algunos niños pequeños lo esperaban. Su dramática aparición tomó por sorpresa a algunos, despertó a otros. Los pequeños se dispersaron, su interés por el extraño había terminado por el momento.

Los otros, levantándose para recibirlo, parecieron acercarse demasiado, con el pecho levantado como para señalar una amenaza, formando un cordón a su alrededor. ¡Una forma extraña de tratar a un invitado y a un nuevo hermano en la fe! Pero debían tener una idea bastante clara de lo que le pasaba por la cabeza. ¿No debe sopesar sus antiguas lealtades con las nuevas? En poco tiempo sellaría el pasado y se identificaría plenamente con el culto. Eso sería más fácil, por supuesto, aislado de sus colegas profesionales y familiares en casa.

Respondió a sus amables preguntas sobre su bienestar con respuestas igualmente vacías. Sabía que estaba destinado a ver el cadáver de Metellus. De alguna manera debía ser parte de la experiencia ritual, los secretos de la vida y la muerte. Sin duda, también representaba una advertencia de que lo mismo podría sucederle a él.

Peter pensó mejor en expresar su dolor y rabia por el asesinato ritual de su amigo. Solo podría aumentar sus sospechas. Por el momento, era mejor dejarles pensar, como sin duda lo hicieron, que como hombre blanco (oh, sí, lo sabían muy bien: ustedes los hombres blancos), consideraba a Metellus simplemente como un asalariado prescindible.

—Yo vi grandes cosas. Escuché grandes palabras. Palabras del destino —los hombres mayores sonrieron y se miraron.

Sabía que habían estado esperando escuchar algo como esto.

Durante la larga tarde, Peter escuchó y tomó extensas notas taquigráficas mientras el mayor de los ancianos del culto cumplía la promesa que se le había hecho, que la iniciación debía llevar el privilegio de la revelación. Escuchó la tradición del culto. Había muy poco sobre la historia del grupo. La vida cambiaba muy poco en su diminuto mundo de un año a otro, incluso de un siglo a otro, con la excepción de la ruptura de la esclavitud. Pero la fe pudo continuar y continuó, con solo la falta temporal de sacrificios en los barrios de esclavos.

Y de vez en cuando habían podido llegar a los pantanos algunas noches.

Con mucho, la mayor parte de su tradición se refería a los Primigenios, viejos dioses, como él ya sabía. Sentía una fascinación mórbida por los cuentos y teogonías extrañas que no se habían encontrado en su amplio estudio del folclore y la mitología. Era un

tesoro escondido y una auténtica tradición antigua. Había mucho más aquí de lo que había soñado cuando por primera vez se atrevió a esperar que pudiera existir en el remoto Haití un tesoro sin explotar.

Se le permitiría comunicarse con el mundo exterior en forma de monografías académicas. Era un sacrificio del secreto tradicional, sin duda, pero incluso eso era necesario para allanar el camino para que el pasado de los Primigenios volviera de nuevo.

Todos los hombres deben conocer a sus Maestros para que puedan darles la debida bienvenida cuando llegue el gran día. Peter comprendió que había arcanos aún mayores a los que sus dos grados de iniciación aún no le daban derecho, y sobre estos no se atrevió a preguntar, ni era probable que los ancianos permitieran que se extendieran al extranjero.

Peter tampoco estaba especialmente ansioso por avanzar más en el camino del discipulado del culto, dado lo que sabía que le había sucedido al pobre Metellus en el clímax de su iniciación. Seguía pensando en esas últimas palabras que la sombra de su amigo había pronunciado en la visión del sueño. Le había dejado un dilema, un acertijo.

No se atrevió a dar ninguna señal de resistirse o de renunciar a su papel en su loca conspiración, pero tampoco podía permitirse el lujo de convertirse en su cómplice, en realidad, su títere. Esperó, como si buscara una señal que sabía que nunca llegaría: una señal de un hombre muerto.

El catecismo se prolongó durante días y luego semanas. ¡Apenas podía imaginarse que hubiera tanto en la religión! ¡Debía ser muy antigua para que la leyenda se haya vuelto tan compleja, tan exuberante, tan barroca! No había forma de saber cuántos años tenía la creencia. Su propia tradición decía que se remontaba, por supuesto, a los Primigenios mismos, y que habían llegado a este planeta desde otro lugar. Pero aquí la historia se había convertido en mitología. La verdadera historia nunca se conocería.

Peter descubrió que estaba empezando a pensar de nuevo como un antropólogo. Se encontró, mientras miraba sus notas a la luz del fuego cada noche, reflexionando sobre posibles metodologías para dar sentido a los símbolos y mitos aparentemente confusos.

¡Sintió que incluso Lévi-Strauss se vería burlado por estos viejos traficantes de mitos! Si lograba salir de allí vivo e ileso, tenía más que suficiente para una monografía, no, una serie de ellas que harían que los famosos estudios de Victor Turner sobre los ndembu parecieran la descripción de un niño de un fiesta de cumpleaños.

Pero un manto oscuro se cernió sobre él. Ahora se dio cuenta de que había pocas

posibilidades de que obstaculizaran su regreso al mundo exterior (una vez lo habría llamado el mundo real, pero ¿quién sabía qué era eso?). De hecho, su papel en su plan dependía de eso. Pero, ¿en cuántas atrocidades más debía estar implicado antes de irse? De regreso a casa, podría quitarse esa parte de la cabeza. Relativismo cultural y todo: ¿quién era él, un occidental, para juzgar sus antiguas costumbres? Etcétera.

Pero esta noche había un ritual en el que se invocaría a los Primigenios y los creyentes recibirían el anticipo que esperaban del éxtasis del pasado de estos seres, un pasado que ahora parecía más cerca que nunca de regresar, gracias a su nuevo hermano. Sabía que no podía soportar ver a más desgraciados escogidos entre la multitud para morir en un sangriento holocausto como parte del ritual. Sí, ahora recordaba demasiado bien lo que había sucedido esa primera noche.

Tenía un asiento de honor junto a las filas de chamanes y bocors dentro del círculo. Detrás de él se reunieron varios niños, a quienes odiaba contemplar viendo lo que temía que vieran, aunque sabía que a estas alturas debían estar endurecidos. Peter era uno de los favoritos de los niños, especialmente porque su piel, libre de tinte, había comenzado a aclararse hasta acercarse casi a su tono original. Esto fascinó a los niños, que lo seguían como patitos.

Llegó el momento y pronto, como temía, uno de los sacerdotes comenzó a entonar las invocaciones familiares. Estaba interesado en notar que, aunque ya no tenían que ser juiciosos en presencia de forasteros, la multitud persistió en la fórmula antigua, invocando los nombres de las deidades vodun que enmascaraban a las terribles entidades a las que realmente servían. Sabía que las tradiciones perduran incluso sin su fundamento original. Entonces aquí vinieron los nombres: Legba, Ogoun, Erzulie, Damballah, Samedhi...

Como antes, el entusiasmo de la multitud fue reprimido y creciendo. Pero de repente algo los sorprendió. Algo estaba sucediendo en la parte trasera del círculo.

Peter estiró el cuello, tratando de ver por encima de los hombros de los ancianos. En un momento se dio cuenta de que lo mismo, fuera lo que fuera, estaba sucediendo en todo el perímetro exterior. Instintivamente, se volvió hacia su joven séquito, se reunió detrás de él y les dijo con severidad en su criollo más claro que salieran, fueran a sus casas, incluso fuera del pueblo, ahora.

La conmoción estaba creciendo. Pudo oír numerosos impactos físicos: ¿cuerpos cayendo? ¿Multitudes chocando en la batalla? ¿Estaba comenzando un motín? ¿Algunos ya estaban intoxicados? Comenzaron los gritos, y no solo gritos de alarma o de dolor. Hubo chillidos de terror sagrado que rasgaron la humedad algodonsa de la noche selvática.

Peter estaba de pie, moviéndose sin rumbo fijo, sin saber qué hacer. Si era una pelea,

¿de qué lado debería estar? ¿Cómo podía una compañía de hombres acercarse al recinto sin ser detectada? Comenzó a resbalar sobre la sangre en el suelo apisonado, luego a tropezar con los cuerpos. Una cosecha sangrienta avanzaba a una velocidad asombrosa. Supuso que él también caería momentáneamente bajo la guadaña. Las linternas se balancearon salvajemente y se apagaron. Las antorchas se movieron y algunas se apagaron. Algunas se balancearon como armas, pero de manera ineficaz.

De repente, en medio del tumulto, Peter estaba seguro de que sus ojos empapados de sudor vislumbraron el rostro imposible de Metellus, con su lívido corte abierto. Pero la grave herida no hizo nada para impedir su destreza con el machete. Azotaba sin la fatiga de los vivos. Muerto, él mismo se había convertido en la Parca. Pero no luchó solo. Como una pandilla de trabajadores cortando la vegetación de la jungla para despejar un campo, había toda una cuadrilla de formas empuñando cuchillos, garrotes, machetes. Todos en silencio.

Ninguno de sus rostros era visible dada la mala iluminación. Pero el más cercano parecía lucir incongruentemente un sombrero de copa y gafas de sol sobre una forma demacrada.

Los bocors y sacerdotes del culto, tomados por sorpresa, comenzaron a unirse. No tenían armas terrenales, pero Peter podía ver sus manos y brazos agitándose como si llevaran garrotes y espadas mortales. Sabía que debían estar conjurando. Parecía una pantomima supersticiosa, pero Peter se dio cuenta de que algo estaba sucediendo debido a lo que escuchó o creyó escuchar. Parecía captar los ecos de las explosiones sin las explosiones en sí.

Réplicas de erupciones invisibles. Algo que no podía ver estaba ocurriendo. Pero, fuese lo que fuese, tuvo poco efecto sobre los invasores. Uno o dos parecieron desaparecer, tal vez por su propia voluntad, ahora que la masacre estaba cerca de su fin. En la furia punzante de la venganza de Metellus, con la ayuda de sus misteriosos anfitriones, las cabezas tatuadas volaban como cocos en una tormenta de viento. La sangre llovió y Peter se encontró escupiendo porque no pudo evitar que una buena cantidad entrara en su nariz y boca. De hecho, parecía haber una niebla roja que le hizo vomitar y toser hasta que pensó que le estallarían los pulmones.

Se dirigió al borde del claro, donde pudo ver los rostros jóvenes aterrorizados pero curiosos que seguían todo el espantoso asunto. Sus ojos se ensancharon aún más, si era posible, a medida que se acercaba, una vista salvaje y aterradora, lo sabía.

Pero una vez que estuvo sobre ellos, y siguieron mirando más allá de él, supo que otro era el objeto de su mirada, y se volvió para enfrentarlo.

Era Metellus.

Echó un vistazo a su machete chorreante y lo arrojó a los árboles. Extendió un brazo hacia Peter, pero cuando este último hizo un movimiento para unirse a él, Metellus le indicó que se fuera. Trató de decir algo, pero no hubo sonido y Peter no pudo leer sus labios. Sin embargo, sabía que era un gesto de despedida final.

Y luego no quedó nadie.

Los oídos de Peter sintieron la presión de un silencio total y repentino. Ninguno de los adultos podría haber sobrevivido. Pero tampoco se veía a sus conquistadores por ningún lado. Sin embargo, sabía dónde estaban: dondequiera que estuviera Metellus.

Los verdaderos loa se habían vengado y Metellus había participado en esa venganza. En cuanto a él, Peter sabía lo que debía hacer a continuación. Reuniría a los niños recién huérfanos de la aldea y, con ellos, comenzaría el largo viaje de regreso por la ladera de la montaña hasta la cabaña. Algunos podrían regresar con él a la ciudad en el Jeep; el resto podría ser recogido por las autoridades. Esperaba que todos pudieran encontrar un hogar, y cualquier cosa tendría que ser una mejora.

Hizo una pausa por un momento, mirando en dirección a su cabaña.

Allí estaban sus papeles y notas, incluso una o dos grabaciones. Su libro, aún sin escribir, estaba allí. Su carrera estaba ahí. Pero ahora, ¿quién creería algo de eso? Los mitos y rituales de una pequeña comunidad, ¿todos muertos en una masacre? ¿Una masacre a la que solo él había sobrevivido? ¿Cómo se vería?

Dio la espalda al pueblo, contó a los niños y se encaminó hacia el sendero.